

nes que defiendan la libertad y la patria; una oposicion enérgica á la ingerencia del imperio francés en los asuntos de Italia.

En estos momentos, Garibaldi se pasea por su isla como el leon por su jaula. Sus hijos pelean, sus amigos mueren, y él está lejos del combate. Valiéndose de la oscuridad de tenebrosa noche, de la alteracion del mar embravecido, del traje de marinero, y de una fragil barca podrida casi en la desierta playa, pasa entre la escuadra, burla su vigilancia, pisa la tierra italiana, se presenta en Florencia huérfana de gobierno, arenga al pueblo que le sirve de escudo para evitar un nuevo arresto, y se dirige precipitadamente al campo de batalla seguido de nuevos soldados y acompañado como siempre del génio de la patria. Cialdini quiere detenerle; pero Garibaldi le dice que está decidido á cumplir su deber. «Tal vez la bala que me hiera en el corazon, salvará á Italia.» En alas de su deseo llega al campo de sus voluntarios. «Que no me siga el que no esté decidido á morir. Que se vayan los que no puedan sufrir la sed, el hambre, la fatiga, el insomnio.» Este sublime idealismo es uno de los contrastes más maravillosos que ofrece el patriota italiano con el génio positivo egoista de nuestra mezquina civilizacion.

Mientras Garibaldi combate, Cialdini sucumbe. No puede formar ministerio con las bases que ha pensado, y con la política impuesta por los hechos. Dos caminos le quedan al rey, ó ponerse á la cabeza de Italia, ó ponerse á las espaldas de Francia. El rey, despues de haber debido una corona á la audacia con que aceptó los compromisos contraidos por el sublime valor de Garibaldi en su expedicion á Nápoles, el rey arroja esa corona á las plantas del Imperio francés. Enemigo de Italia, servil instrumento de las Tullerías, dócil cortesano de la fortuna, perseguidor de los patriotas que le han dado el trono más envidiable de la tierra, Víctor Manuel parece destronado moralmente. Nombra presidente del gobierno á

Menabrea, conservador intransigente, enemigo de la capitalidad en Roma, amigo de Napoleon, devoto á los clericales. El nombramiento de este ministerio causó sensacion dolorosísima en toda Italia. Inmensas muchedumbres, movidas por el deseo de conjurar el peligro de una intervencion extranjera y de un ministerio teocrático, se reunen á las puertas de la Asamblea nacional y aclaman á los diputados; aclamaciones que fueron como una protesta viva contra el rey. Ferrari corre á palacio á revelar todos los peligros que amenazan. El rey se parapeta tras de su inviolabilidad constitucional y su ministerio responsable, como si la inviolabilidad constitucional, que es siempre una mentira, no fuera un imposible, cuando los reyes anteponen su pensamiento personal á la voluntad y al voto de los pueblos.

Mientras tanto, los franceses desembarcan en Civitta-Vecchia y Garibaldi alcanza grandes victorias. La opinion de Europa es clara. Inglaterra favorece á Garibaldi, pero con simpatías y no con obras enérgicas que detuvieran á Napoleon. Prusia observa y medita sobre el porvenir. Rusia se decide como Inglaterra, platónicamente por Italia. En Francia los clericales no sólo aplauden la intervencion sino que piden una monarquía pontificia, una resurreccion monstruosa de la teocracia en Europa. El pueblo de París, sin embargo, el pueblo de París que es como el cerebro donde reside el pensamiento de Francia, es enemigo de la intervencion y del Papa. Moustier escribe una circular diciendo: 1.º que la expedicion romana de ninguna manera tiene un sentido contrario á Italia, y 2.º que la cuestion romana se arreglará en un congreso de potencias católicas.

¿Qué iba á suceder? ¿Se desmentirian todos los principios, se negaria la soberanía de los pueblos, se afirmaria la idea feudal de la patrimonialidad de los reinos, se descuartizaria la nacion italiana á tanta costaalzada de su sepulcro por tan terribles sacrificios, todo para

que callaran los jesuitas, y la reaccion tuviera un abrigo inviolable en mitad de Europa? Viendo Garibaldi que la intervencion del rey de Italia, unida á la intervencion del Emperador de Francia imposibilitaba todos sus trabajos, decidió retirarse de los Estados Pontificios y unirse á las partidas de Nicotera, que operaban sobre la frontera napolitana. Tomó, pues, el camino de Tivoli. No creia ser inquietado, y por lo mismo no guardó ninguna de aquellas precauciones que immortalizaron su fabulosa retirada á Venecia, la cual eclipsará en la historia la retirada de los diez mil griegos descrita por Jenofonte. Cuando más descuidado estaba, al llegar á las alturas de Mentana, pueblo cercano á Roma, cayeron sobre él pontificales y franceses en número muy superior y con pertrechos y armamentos admirables. Garibaldi fué vencido despues de ocho horas de combate, en el cual murieron seiscientos de sus valientes. Nada hay de hazañoso en este hecho de los vencedores. Se hallaban combinadas tropas imperiales y pontificias compuestas de suizos y de franceses, grandes soldados, mientras las partidas garibaldinas, por el mismo entusiasmo que su jefe despierta, se hallan formadas de gentes de muy dudosa disciplina. Los vencedores venian de refresco, sin haber disparado un tiro, sin haber tenido ni una contrariedad ni un insomnio, puesto que eran las tropas francesas recién llegadas y la guarnicion de Roma, mientras los vencidos llevaban muchos dias de marcha, muy varios y muy sangrientos combates, asaltos formidables, prolongados insomnio, hambre y desnudez. Las tropas pontificias é imperiales ensayaban su fusil Chassepot de una precision matemática y de un grande alcance, mientras las tropas de la libertad ni fusiles tenian y peleaban casi al arma blanca tomando aliento de sus ideas, fuerzas de su misma desesperacion. Solamente así puede concebirse esa inmensa y desproporcionada mortandad, esos montones de cadáveres hacinados por los desfiladeros

que están acusando alguno de los inverosímiles sacrificios de los pueblos libres que tanto se parecen al suicidio. No de otra suerte aquellos trescientos espartanos que interpusieron su pecho entre Grecia y Asia para salvar los gérmenes de la civilizacion universal, murieron sobre la tierra sagrada de las Termópilas, sabiendo que sólo peleaban por la derrota y por la muerte en el campo de batalla, pero que obtendrian la victoria y la inmortalidad en el seno de la historia. Sí, hay en este último y tremendo combate de los garibaldinos algo de ese anhelo de la muerte que han tenido todas las legiones de una idea superior en el momento de una derrota; hay algo de la terrible desesperacion de Bruto cuando vió brillar las estrellas en el cielo mientras se extinguia la libertad en el mundo. Con grande esfuerzo, rodeándolo cuatrocientos voluntarios que juraron morir antes que tolerar la prision ó la muerte de su capitán, logró salvarse Garibaldi. La principal preocupacion de su mente era no entregar las armas de la libertad en manos de los soldados de Italia que debian defender su misma causa, que debian auxiliarle, y cooperar á su obra. Sin embargo, tuvo que pasar por este amarguísimo trance. Sus partidas, derrotadas por los franceses, fueron desarmadas por los italianos. El general tomó el camino de Florencia. Aquí se encontró con los carabineros italianos que lo arrestaron conduciéndole como un facineroso á una fortaleza. Mientras tanto, las tropas italianas, cediendo bajamente á las intimaciones de Francia, evacuaban los Estados Pontificios y dejaban de nuevo al extranjero, al conquistador en el seno de sus mismos hogares.

Yo no pertenezco al número de los que sólo admiran la victoria. Confieso que casi siempre me inspira mayores simpatías que la fortuna el valor desgraciado. Yo creo que Garibaldi ha crecido en su derrota como Sócrates en su muerte. Yo creo que ese hombre, ese grande hombre, de la madera

de los héroes, que despues de haber tantas veces visto la fortuna sonreir á su causa, es capaz de sacrificar hasta su reputacion militar, de arriesgar hasta su corona de gloria, por devolver á Italia su capitalidad y por salvar al mundo de la teocracia, ese hombre merece que su desgracia sea contada entre los sacrificios sublimes y su nombre registrado entre las legiones de los mártires. Yo lo veo tan grande hoy en su cautiverio como en su victoria. Parece que el génio misterioso que preside al desarrollo de la historia se goza en atormentar á todos los hombres grandes como si no hubiera grandeza posible lejos del

dolor. Garibaldi preso en esa tierra de Italia, que él ha emancipado, que él ha creado, me recuerda Colon volviendo en el fondo de un buque, por los mares antes de él inexplorados, preso en la misma tierra salida casi del fondo de su alma, y preso por los reyes á quienes habia regalado un mundo. Es la eterna triste historia del génio.

Pero debemos historiar otras escenas y otros peligros que en el mismo año 1867 habia corrido antes Francia y que mostraron el decaimiento inevitable del Imperio y la inevitable inminencia de la guerra.

CAPITULO LIV.

LA EXPOSICION Y LA GUERRA.

Es el dia 1.º de Abril de 1867. Acaba de verificarse el acontecimiento desde tanto tiempo esperado; la apertura de la Exposicion, el circo de la industria, el certámen del trabajo, donde los pueblos van á mostrar, no la rivalidad de sus fuerzas como en los campos de batalla, sino la rivalidad de su inteligencia, como en los juegos poéticos de la antigua Grecia. Es imposible no entusiasmarse en vista de las grandes obras del trabajo, de esos mundos creados por la actividad humana para vencer todas las resistencias, para hermostear toda la vida, para modelar la tierra á su imagen y semejanza, para levantar, ora por el arte, ora por la industria, ora por la ciencia, un nuevo Universo en el cual resplandezca vivamente lo que hay de más luminoso, de más grande y de más perenne, la idea que es un sol eterno, y el espíritu humano, ese eterno sacerdote que interpreta los misterios de la creacion, y que levanta á lo infinito el planeta trasformado, continuando la obra del creador en el Génesis eterno de la historia.

Cuando pensamos los obstáculos que el hom-

bre ha encontrado en su camino, y la victoria que sobre esos obstáculos ha conseguido, estamos tentados á creer en la omnipotencia del trabajo. Las aves nacieron con ricos plumajes, las fieras con fuertes pieles, nosotros desnudos; y el trabajo nos ha vestido. La abeja encuentra en su aguijon, el águila en su pico, el leon en su garra, todos los animales en los órganos proporcionados á sus funciones, los instrumentos para procurarse la vida; y el hombre ha necesitado tallar la piedra, limar y fundir el hierro, templar el acero, trasformar la materia para procurarse el sustento. Su principal facultad ha sido el trabajo. No hay animal más delicado que la criatura humana. El frio y el calor, la lluvia y la nieve, el rocío que refrigera los campos, el sol que madura los frutos, la tempestad que purifica los aires, le son dañosos; y ha necesitado por medio de la arquitectura construirse una nueva vivienda en el seno de la inclemente naturaleza: el trabajo ha sido su hogar. Y mientras los seres terrestres tienen dentro de su esfera todo su Universo, el hombre ha nacido con un de-